

## ADIÓS AL SME

El Sindicato Mexicano de Electricistas extorsionaba al gobierno a través del contrato colectivo de trabajo. Y extorsionaba a la sociedad a través de un servicio que llamarlo ineficaz sería elogiarlo. Construido pacientemente año tras año, esta perfecta maquinaria del abuso, reloj suizo con todo y pájaro cucú, hizo que para todo fin práctico la Compañía de Luz y Fuerza del Centro fuera rehén de su sindicato. En números gruesos estamos hablando de cuarenta mil personas para un trabajo que requería menos de la cuarta parte (es decir, treinta mil personas becadas por la sociedad). Estamos hablando del índice de productividad más bajo del mundo. Estamos hablando de un régimen de jubilación que incrementaba el problema año con año, como una gota malaya.

Una prueba de esto es que un sábado de fútbol nacional, con todas las televisoras encendidas, sólo laboraba un pequeñísimo grupo que fácilmente pudo ser desalojado de las instalaciones. Y que, pese a algunos problemas en el suministro –difícil saber cuáles se deben además al sabotaje–, un puñado de técnicos de la Comisión Federal de Electricidad mantiene encendida la ciudad más grande del mundo.

Recordemos que es el gobierno, a través de la CFE, el que genera la mayor parte de la electricidad, y que le entregaba a LYFC únicamente su distribución y cobro. En ese proceso, por arte de magia, el SME desaparecía en la chistera de la corrupción más del treinta por ciento de ese caudal, mismo que revendía de manera ilegal a la sociedad: diablitos, tomas ilegales, arreglos del medidor y demás sutilezas.

Antaño, con la policía de la ciudad, los capitalinos nos sentábamos alrededor del fuego primigenio a contar sus historias de incompetencia y corrupción. En ese tenor, qué antología no se podría hacer del disparate eléctrico. Al que no se le haya ido la luz en algún momento clave, que encienda el primer *switch*. Esto, medido no en índices de hilaridad sino de productividad, es lo que marca la diferencia entre el primer mundo y el tercero, donde vegetamos felices.

La confusión entre lo público y lo privado tiene tintes grotescos en México. Para cualquier observador objetivo debería ser obvio que la luz era el negocio privado del SME. Sin embargo, la liga de la virtud intelectual y los políticos del todo o nada afilan ya sus baterías dialécticas: “el pueblo ha sido ultrajado, viva yo”.

La política es el reino de lo posible, no de lo deseable. El camino del infierno está sembrado de voluntarismo. No se trata de olvidar las otras extorsiones sindicales sino de reconocer que, por el momento, y hasta que una mayoría social no despierte, no es posible aún enfrentar esos otros monopolios. —

— RCG

## “LO PROPIO DE LO QUE SOMOS”

Es un triunfo muy notable el que la Poesía Mexicana se esté abriendo a las nuevas tecnologías. Este repentino cosmopolitismo de nuestra otrora provinciana lírica empieza a rendir jugosos frutos. Por ejemplo, la revista digital *Círculo de Poesía* ha sido nombrada, junto con el Twitter personal de Paulo Coelho, entre los diez mejores “tuiteros” del ámbito literario. (Y no lo digo yo, sino otra revista también digital llamada *233 Grados*, cuyo prestigio ha sido acreditado por la también revista digital *Círculo de Poesía*.) Esto es muy de celebrarse, pues aunque *Círculo de Poesía* está lejos de vender tantas copias como Paulo Coelho, comparte con él una vocación filosófica inusual que no se arredra a la hora de prescribir soluciones profundas para los males que aquejan a nuestra sociedad presente. Muestra de ello es que, en la antedicha revista digital, el poeta Mario Bojórquez (que también es videopoeta y traduce varias lenguas foráneas, entre las que se cuentan el japonés, el gaélico y el mayestático) ha compartido algunas consideraciones fundamentales sobre el futuro de la poesía (mexicana, se entiende): “Nuestro compromiso no es con una posible forma de expresión, sino con un pensamiento que limite y excluya todo aquello que no es propio de lo que somos”, ha dicho. O como diría Paulo Coelho: “Algunas veces hay que decidirse entre una cosa a la que se está acostumbrado y otra que nos gustaría conocer.” —

— DSP



## PIE DE FOTO

La proeza de meter no un barco sino una mujer en una botella es de Irving Penn, fotógrafo. Y no cualquier mujer sino una musa olvidada: la angulosamente bella Jean Patchett, una de las primeras supermodelos junto con Lisa Fonssagrives. Y eso se nota. Allá atrás, fuera de foco, la Patchett es una esfinge. Hay que conjugar en presente. Los personajes de las fotos de Irving Penn *son*. ¿Cómo hizo para congelar en el tiempo algo tan veleidoso como la moda, que Wilde describió como una forma de la fealdad tan intolerable que debemos alterarla cada seis meses? Procuró deliberadamente la fijeza en contra de la espontaneidad, fue un maestro contemporáneo de la composición. Y restó: despojó sus escenarios y supo gobernar la luz natural para erigir, sin aspavientos, un minimalismo *cool* que es sólo suyo y, tal vez, de Richard Avedon. Esto, claro, sólo se puede dar en Nueva York, donde la moda y el arte se dan el lujo de confundirse. E Irving Penn nació ahí al lado, en Nueva Jersey, en 1917, y murió ahí, en Nueva York, el pasado 7 de octubre. En medio de esas dos fechas, son dos también las revistas que marcan la pauta de su obra: *Harper's Bazaar* y *Vogue*. Cuando Penn trabajó en ellas, los directores de arte de ambas publicaciones eran, respectivamente, Alexey Brodovitch y Alexander Liberman, emigrados rusos pasados por París quienes ya



se habían embriagado de vanguardia. Pero Penn no fue un reo de la moda: la domó (se asoma un palíndromo). Con la misma elegante naturalidad con la que retrató a modelos y celebridades (Duchamp, Picasso, O'Keeffe, Auden, Stravinski, Dietrich...) captó la gracia y la fuerza de los indios de Cuzco y de los aborígenes de Nueva Guinea. Iba más allá. Si los cigarrillos fueron un elemento central del *glamour* de enton-

ces, también las colillas recogidas del suelo protagonizaron sus fotografías. Admiró a Giorgio de Chirico, a quien conoció en Roma en 1944. Esa influencia puede detectarse, me atrevo a decir, en esta fotografía de 1949, marcada por una inquietante sobriedad compositiva. "Bécheme" podría ser un buen título para esta pieza. Una botella nos agiganta o nos hace diminutos. —

— JULIO TRUJILLO

## LA LENGUA TAMBALEANTE

Debe de haber sido durante una noche de copas cuando los enigmáticos agentes de la lengua de la Real Academia Española resolvieron admitir en la última edición del *Diccionario* (2001) el vocablo *cederrón*; ojalá hubieran acogido también *cedegüisqui* y el mexicanismo *cedemezcal*. En este número de *Letras Libres*, Gabriel Zaid emplea, más sensatamente y más acorde con su etimología (CD-ROM), la voz *cederrom* en plural: *cederromes*. Por lo demás, como señala Zaid, los mejores días de estos dispositivos quedaron atrás.

No es exagerado afirmar que en el DRAE hay tanta paja que, cada dos tres páginas, y eso haciendo la vista gorda,

se halla algún vocablo deleznable, toda suerte de hápax prescindibles. ¿Quién ha utilizado alguna vez, en el sentido que se les adjudica, expresiones como *a nativitate*, *diariero*, *gambox*, *justiniano*, *monstro* (acaso usted en su primera infancia; yo prefería *mostro*), *pedio*, *seisavar*, *ultramaro*? (No crea que llevo meses anotándolos: me bastaron diez minutos de búsqueda aleatoria.) ¿Qué necesidad de incluir uno abajo del otro los términos *fino-ugrio* y *finoúgrio*, ambos con tres acepciones casi idénticas salvo por variaciones sin duda efecto del emborrachamiento? —

— EN